

# La Edad Media y la enfermedad: entre la conmiseración y el rechazo



Adriana Martínez

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA, FFyL), Departamento de Artes, Argentina

## Resumen

La Edad Media concibe las enfermedades y los enfermos de manera ambivalente. Las enfermedades, flagelos recurrentes, provocan en los hombres múltiples síntomas que producen compasión en cuanto evocan al Cristo sufriente pero también rechazo pues son entendidos como manifestaciones de lo impuro y lo pecaminoso que se visibiliza en lo monstruoso. Estas interpretaciones concitan distintas miradas que arrastran, a su vez, diversas actitudes que dan cuenta de estructurales mentales que atraviesan lo político, lo jurídico, lo social y lo económico. Nuestra propuesta busca plantear el tema de manera puntual, presentando una enfermedad, la lepra, que se asocia inmediatamente con el período y que pone en foco los caracteres monstruosos que produce en los hombres a nivel orgánico y las “monstruosidades” del alma.

### Palabras clave

Lepra  
Enfermos  
Monstruosidad  
Compasión  
Repulsión

## Middle Ages and Disease as a Standpoint between the Commiseration and Rejection

### Abstract

The Middle Ages conceived disease and the sick in an ambivalent way. Diseases, recurrent calamities, cause in men multiple symptoms, that produce compassion as they evoke the suffering Christ but also rejection because they are understood as manifestations of the impure and the sinful that is visible in the monstrous. These interpretations attract different views that draw, in turn, different attitudes that account for mental structures that permeates the political, legal, social and economic spheres. Our proposal seeks to accurately raise the issue, presenting a disease, leprosy, which is immediately associated with the period and putting into focus the monstrous traits it produces in men at the organic level and the “monstrosities” of the soul.

### Keywords

Leprosy  
Sicks  
Monstrosity  
Compassion  
Repulsion

## Introducción

La enfermedad es una constante que atraviesa el medioevo en su carácter concreto, pero también en el imaginario. Es, como la definieron Jacques Le Goff y Philippe Nora, un elemento de desorganización y de reorganización social que muestra las articulaciones, las líneas de fuerza y las tensiones de todo grupo (Le Goff, Philippe Nora *apud* Touati, 1998, p.11). De hecho, pone en evidencia estructuras mentales tanto en el campo de lo religioso como en el campo de lo político, lo jurídico, lo social o lo económico. Partiendo pues de este presupuesto abordaremos la enfermedad y al enfermo, el sujeto que padece, que está sometido al dolor y al sufrimiento en el marco temporal del medioevo.

La Edad Media concibió a la enfermedad y al enfermo de manera dual; por un lado, en cuanto padecimiento humano, al enfermo se lo consideró como una transposición del Cristo doliente, una imagen refleja de la Pasión por lo que debía ser ayudado, contenido por toda una sociedad. Por el otro, la enfermedad era una de las tantas metáforas del pecado que hacía visible lo monstruoso y materializaba lo extraño, lo peligroso, es decir lo temido. En este aspecto las enfermedades y los enfermos no sólo estaban constreñidos en una infinita lista de dolencias cruentas y recurrentes, sino que arrastraban otros males como la exclusión y la marginalidad. Así pues, los enfermos eran apartados de la comunidad, se los relegaba a los márgenes. Recluidos en hospicios, cargando con el peso y con el estigma de la enfermedad eran los “otros”, los chivos expiatorios privilegiados para reasegurar el orden social.

Ahora bien, nos focalizaremos aquí en una enfermedad “del cuerpo” representativa del período como es la lepra, pero entendida también como una enfermedad “del alma”.

## Los males del cuerpo y los males del alma

El flagelo de la enfermedad acompaña al hombre medieval desde su nacimiento. Los problemas hereditarios o congénitos junto con la enfermedad de la viruela están presentes en los primeros años de vida, luego en la adolescencia la tuberculosis, la fiebre tifoidea, la meningitis, la escarlatina o la difteria entre otras amenazan a los jóvenes en tanto que aquellos que pudieron superar esos males se encuentran en la edad adulta con el peligro del tétanos, el paludismo o el *mal des ardents*. Pero la lepra se impone como “la enfermedad de la Edad Media”, ya que además de su carácter endémico arrastra una pesada carga simbólica e ideológica.

Esta enfermedad era conocida en el Medio Oriente desde la Antigüedad, aunque el vocablo remitía a diversas patologías. En el *Corpus Hippocraticum* se encuentran los términos *lepra*, *leukè*, *alphos*, que englobaban a las dermatitis, pero hacia el siglo II A.C. se la describe con cierta precisión bajo el nombre de *elephas* o *elephantiasis*. Plinio, el Viejo, en su *Historia Naturalis* se refiere a su patología y Celso, su contemporáneo, va más allá al identificar en ella una base inmunológica.<sup>1</sup>

1. Cfr. Plinio. *Historia Naturalis*, XXVI, 5. Celso, *De Medicina*, III, 251.

En la Alta Edad Media se alude de manera tangencial a este mal, no científica, (con excepción de las obras médicas de la antigüedad copiadas en el período) en algunas obras hagiográficas o en relatos populares. Sin embargo, a partir del siglo XI comienza a suscitar un gran interés. Constantino el Africano, un monje de Montecassino señala dos tipos de lepra, uno benigno y otro más grave. Sus estudios, junto con los realizados en la Escuela de Palermo y las traducciones de los textos antiguos, aportan una precisa descripción de las manifestaciones de la enfermedad: la dilatación de los ojos, la destrucción del tabique nasal, hinchazón de los labios y del rostro entero. En los siglos siguientes los tratados médicos agregarán a esas características las del color de la cara,

rojizo o en otros casos un tinte sombrío, piel tensa, pérdida de la pilosidad de cejas y pestañas, esclerótica negrusca y carencia de lágrimas, tuberosidades, achicamiento de las orejas y un pesado aliento. La progresiva “animalización” del enfermo —cambios en la pigmentación y textura de la piel, excrecencias y retracción de las extremidades de los miembros— conforman una imagen repulsiva, en fin, una descripción realista que se desliza hacia el paradigma de lo monstruoso. Un monstruo que acecha con su sola presencia, que despierta temores e inquietudes, al que se busca alejar, pero a la vez dominar. En otro registro, encontramos algunas descripciones como la que hace Guillermo de Tiro en el siglo XII de Balduino IV, rey de Jerusalén o las más generales de Guibert de Nogent cuando relata la revuelta de los leprosos en Amiens en el 1113 igual que la de Jacques de Vitry al referirse a los hospitales y leproserías a comienzos del siglo XIII. Por otra parte, en la literatura de la época aparecen en algunas ocasiones leprosos tal el caso del *Tristán* de Béroul en la segunda mitad del siglo XII o del roman *Ami et Amile* de comienzos del siglo XIII.

No obstante, el término aparece a partir del siglo IV en el Occidente latino y en el siglo siguiente Jerónimo lo incorpora en la *Vulgata* a partir de la versión griega de los *Setenta*. Cabe recordar que en el texto bíblico hay innumerables referencias tanto en el Antiguo Testamento como en los Evangelios, pero mientras en el texto mosaico la lepra está asociada a lo impuro ya sea como manifestación de desórdenes internos o castigos por actos indignos y en ese caso, asociada a una maldición divina, en los sinópticos Jesús “limpia” a los leprosos, los cura y los purifica. Si bien los sacerdotes judíos revisaban a los enfermos, hacían el diagnóstico e indicaban la cura, Cristo sana con su sola palabra a los enfermos que se dirigen a él, se prosternan y le imploran y como respuesta son sanados. Una cura que es a la vez purificación y conversión a la fe verdadera. Aunque el foco de interés está puesto en la figura de Cristo y su acción salvífica, la referencia sucinta a “limpia”, “cura”, “purifica” crea un campo semántico en el que lo sucio y lo impuro aparecen implícitamente, aunque de soslayo.

A partir de la estructura de los relatos evangélicos se construyen muchos textos hagiográficos. Uno de los más tempranos es el de Sulpicio Severo quien en la *Vita Martini* (397) narra el encuentro de san Martín, obispo de Tours con un leproso:

(...) en París, en el momento en que atravesaba la puerta de la célebre ciudad, acompañado en su marcha por una muchedumbre considerable, él besó y bendijo a un leproso de rostro penoso que causaba miedo a la gente. Siendo prontamente purificado de su mal, al día siguiente, llegando a la iglesia con un semblante resplandeciente, el leproso dio gracias por su salud recobrada.<sup>2</sup>

2. P.L., 20, col. 170, XVIII y *Vita sancti Martini*, citado en Touati, 1998, p. 86.

Este fragmento que toma como referente textual a Mateo (8, 1-4) que relata como Jesús cura a un leproso, subraya el poder taumatúrgico del santo y el sentimiento de amor hacia ese enfermo. En cuanto a la enfermedad, en unas pocas palabras definió una de sus características, su rostro lastimoso. En los textos de la antigüedad ya se describía la sintomatología con gran precisión, la *facies* leonina, el “fuego visible de lejos”, del que habla Areteo de Capadocia en el siglo I aluden a una de las manifestaciones de la enfermedad, la lepra matosa, que se focaliza en el rostro.

Junto a esta actitud misericordiosa hacia el leproso encontramos también desde la Iglesia una mirada que, apoyándose en el Antiguo Testamento, en particular en los pasajes del Levítico (13 y 14) asocia la lepra a defectos morales y especialmente a la lujuria. La enfermedad es utilizada como argumento para justificar el rechazo a lo carnal, al placer y para exaltar la castidad, de este modo se relaciona a la lepra con las prohibiciones sexuales. La admonición “vuestrós hijos serán leprosos” o peor aún “nacerán paráliticos, epilépticos o leprosos” marcando el estigma de la enfermedad desde el comienzo de la vida, se reitera a lo largo del medioevo en los textos religiosos.

La enfermedad de la carne es pues el reflejo del pecado de la carne. En el *Tristán de Béroul* cuando el rey Marc le pregunta a Tristán, “el falso leproso” por su enfermedad, éste cuenta que tenía una amiga muy cordial y que por su culpa se contagió pues su marido estaba enfermo de lepra. En un juego ficcional entre la realidad y la mentira Béroul plantea el tema del amor adúltero tanto en la falsa historia contada por Tristán como en la historia narrada por el autor en donde el personaje traiciona a su tío al tener “amores” con Isolda (Béroul y Thomas, 1990, p. 93). Además el mismo texto describe al personaje disfrazado de leproso: “Se viste con ropa de lana, sin camisa. Su saya es de paño burriel, y sus botas están llenas de remiendos (...)” y agrega: “Se ha hecho muchos granos y llagas en la cara”. Se define como “enfermo de lepra” y cuenta que su cuerpo se ha hinchado (*Ibidem*, p. 90-91).

### La cura del cuerpo y la cura del alma

El discurso sobre la enfermedad y el enfermo oscilan entre dos polos, el del pecado y el de la redención. Para el cristianismo medieval el cuerpo era el campo de batalla donde se enfrentaban el bien y el mal. Ambos se manifestaban a través de la carne, mostraban lo que se oculta, decían lo que se silencia. Si como hemos visto la lepra “habla” de los pecados del cuerpo y del espíritu también lo hará del sufrimiento en tanto capacidad redentora. Y es nuevamente el texto bíblico el que sustenta esta mirada; en Job (II) la enfermedad provocada por Satán —una llaga desde la planta del pie hasta la coronilla— es una prueba impuesta por Dios, pero también es la aceptación de la decisión divina. En consonancia con esta concepción San Bernardo, en el siglo XII, plantea el tema de la salud y de la enfermedad en relación con la salvación. Así dirá que:

La salud del cuerpo que conduce al hombre a la enfermedad del alma es mala, pero la enfermedad del cuerpo, que lleva al hombre a la salud del alma es buena, y que no hay nadie que no sufra en este mundo pues Dios flagela siempre a los que prepara para la salvación eterna (Touati, 1998, p.191).

En este período comienza a gestarse una nueva sensibilidad que tiende a la exaltación de lo espiritual lo que conlleva a incorporar a los enfermos y también al de lepra al género humano. Ricardo de Saint-Victor refiriéndose a los leprosos dice que como los otros pecadores ellos también esperan la Jerusalén celeste y los favores de la gracia divina (*Ibidem*, p. 194; Vauchez 1994, Duby, 1991).

Una mirada distinta se posa sobre el otro, el prójimo, a partir de la devoción a Cristo. El amor hacia su humanidad lleva al amor hacia el pobre y hacia el enfermo. Una nueva caridad no sólo de los religiosos sino especialmente de los laicos los acerca a los miserables. Así surgen fundaciones de caridad y hospitales que originan congregaciones religiosas y también se crean numerosas leproserías, muchas de las cuales se construyen con la ayuda material de la nobleza y la realeza.<sup>3</sup> Los obispos son los encargados de autorizar su instalación y la de la capilla de la comunidad, la *capella leprosororum*. El modelo referencial es el monasterio donde se lleva a cabo la vida en comunidad, alejada del siglo y avocada a la búsqueda de Dios. De hecho, aquellos que entran a las leproserías al igual que los que ingresan a una orden religiosa se comprometen a “vivir en Dios, dedicados física, jurídica y espiritualmente” a la comunidad; en ella cohabitan los enfermos, los conversos y los conversos laicos que se dedican a cuidarlos junto con algunos clérigos que se ocupan de servir en la iglesia. Estas comunidades acogían a hombres y mujeres que dejaban “el siglo” unos por la enfermedad, otros para ocuparse de ellos. En un plano de igualdad, bajo la dirección del maestro responsable de la leprosería, deben renunciar a sus bienes, hacer votos de pobreza, de continencia y de silencio. Su vestimenta es semejante a la de los religiosos; en la ceremonia de ingreso

3. “El afectado por la lepra llevará la ropa rasgada y desgredada la cabeza; se tapaná hasta el bigote e irá gritando: ¡Impuro, impuro! Todo el tiempo que le dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y vivirá aislado: deberá establecerse fuera del campamento” aparece en el Levítico XIII, 45-46 o “Manda a los israelitas que echen del campamento a los leprosos...” en *Números V*, 2.

llevan un *habitus humilitatis* bendecido por el sacerdote, una capa con capucha, el *velum religiones*, un cinturón como signo de castidad y guantes aludiendo a las llagas de Cristo.<sup>4</sup>

4. *Ibidem*, págs. 409-413.

Pese a que se conservan pocos vestigios de las leproserías medievales y algunas sucintas descripciones se puede inferir que los establecimientos, al menos en el siglo XIII, se estructuran en función del lugar del oficio litúrgico y el rezo, de la residencia y la asistencia y de la explotación de recursos para el mantenimiento material de la comunidad. Pero son precisamente las capillas el referente para la comunidad de los enfermos y para el mundo exterior. De pequeñas dimensiones, presentan generalmente una planta rectangular de una sola nave, sin transepto y con ábside semicircular, no tienen torres, a lo sumo una pequeña espadaña. Bajo la advocación de san Lázaro y María Magdalena en un primer momento y luego de santos protectores como san Jorge, san Miguel, san Cristóbal o los santos relacionados con la medicina como san Blas, san Pantaleón, san Cosme y san Damián se erigen real y simbólicamente como espacios de culto y de protección. La devoción a san Lázaro comienza en el siglo XI y se expande en la centuria siguiente en donde convive con la profesada a María Magdalena. Ambos aparecen mencionados reiteradamente en los sermones en cuanto remitían al dolor en el plano físico y en el espiritual, Lázaro en el sufrimiento de la carne, María Magdalena en la penitencia. Dos figuras que a su vez concentran en el nombre una pluralidad de personajes. Lázaro es el pobre cubierto de llagas que a su muerte es llevado por ángeles al seno de Abrahán (Lc. XVI, 19-31) y también el enfermo que murió y fue resucitado por Jesús (Jn. XI); María es la pecadora que secó con sus cabellos los pies de Cristo (Lc., VII, 36-50); y es María, llamada la Magdalena, la endemoniada curada por Cristo (Lc., VIII, 2/Mc., XVI, 9), y testigo de la Pasión de Señor; y también es María la que en la casa de un leproso se acerca a Jesús (Mt., XXVI, 6-13/Mc., XIV, 3-8), y que a su vez dan cuenta de distintas miradas sobre el dolor y de la conmiseración divina.<sup>5</sup>

5. *Ibidem*, págs. 383-388.

## Las representaciones del enfermo

En los textos icónicos, la imagen del leproso aparece escasamente y en los últimos siglos del medioevo, como si su visibilidad virtual arrastrara el mismo rechazo. Quizás por esta razón mayoritariamente acompañan episodios vividos por Jesús, algún santo o relatos de carácter edificante en tanto que, como sujeto común, su representación es excepcional. Una de las excepciones aparece en una gárgola ubicada en la galería norte de la catedral de Notre-Dame de Paris; allí un enfermo representado de cuerpo entero, cubierto por una amplia vestimenta, lleva en su mano izquierda un cayado sobre el que se apoya; en su cara, sin embargo, se concentra el sentido pleno de la carga de la enfermedad en un grito, gesto superlativo del dolor y el sufrimiento; a su lado se encuentra otra gárgola, una figura bestial que repite de manera especular el gesto, aunque en un registro diferente que lo transforma en una mueca grotesca. Es interesante advertir como en un objeto que es soporte de una iconografía poblada de seres fantásticos y monstruosos se incluye la representación de un leproso con un marcado naturalismo como si los estragos producidos por la enfermedad bastaran para incluirlo en un universo bestial.

Las representaciones edificantes, en tanto, ocupan espacios de mayor visibilidad, incluso de visibilidad privilegiada como es el de la parábola del pobre Lázaro y el rico Epulón que estaba en la bóveda del presbiterio de la iglesia de San Clemente de Tahull, ubicada en el valle del Boí, en Cataluña.<sup>6</sup> Esta pintura al fresco realizada en el siglo XII por un autor identificado como “maestro de Taüll”, muestra a un hombre con el torso desnudo que tiene su cuerpo cubierto de llagas. Extremadamente débil y con la

6. Cabe señalar que en el ábside se encontraba la figura del Pantócrator bendiciendo con su mano derecha en tanto que con su mano izquierda sostiene el libro sagrado abierto en el que se leen las palabras del evangelio de Juan, 8, 12: *Ego sum lux mundi*.

mirada perdida, está sentado frente a una puerta y se apoya sobre un bastón mientras un perro lame sus heridas. Esta escena pone en imágenes la parábola relatada por Lucas (16, 9-26) del pobre Lázaro y su cuerpo lacerado. El destacado tamaño del perro y su actitud compasiva hacia el dolor provoca una identificación inmediata con el enfermo y crea un sentimiento de empatía.

En el siglo siguiente, a la iglesia de los Cuatro Santos Coronados, de Roma, se le añadió una capilla advocada a San Silvestre que fue decorada con frescos cuya temática gira sobre varios relatos apócrifos sobre la conversión del emperador Constantino, entre ellos el que recoge Santiago de la Vorágine. En la *Leyenda dorada* (XII, 2) se narra que el emperador Constantino se enfermó de lepra, un castigo divino que recibió por haber desencadenado una persecución contra los cristianos. La escena contenida por un importante marco muestra al emperador en su lecho, afligido y exangüe, con su rostro y sus brazos llenos de pústulas. Está acompañado por un sirviente cuando se le aparecen los apóstoles Pedro y Pablo enviados por Cristo para anunciarle su futura cura. Los rostros apenados de Constantino y de su sirviente se contraponen a los de los apóstoles que acompañan su mensaje con una expresiva gestualidad, extendiendo sus brazos hacia el enfermo.

Estas imágenes dan cuenta de una particular actitud hacia el enfermo. En el primer caso, una mirada infamante busca alejarlo real y virtualmente del espacio colectivo en tanto que en los dos ejemplos siguientes una mirada compasiva busca aproximarlos, protegerlos. Si bien Lázaro acepta humildemente el designio divino, Constantino rectifica su obrar y adopta la verdadera fe. Ambos, pues, son modelos virtuosos y como tales dignos de la compasión cristiana.

## Conclusión

Si como afirma Jacques Le Goff el cuerpo es para el cristianismo occidental una mediación pues no hay nada que no se realice a través suyo, la enfermedad entonces adquiere una potente centralidad. Cuando el cuerpo es vivido como la prisión del alma, su mortificación es una vía de ascesis privilegiada; pero cuando es concebido como la expresión de la falta y de la culpa, ese cuerpo enfermo refleja un imaginario cargado de ideología en donde se entrecruzan distintas miradas. Toda enfermedad, pero la lepra en particular quizás por su sintomatología cruenta que adquiere rasgos patéticos, confronta a la sociedad, desnuda sus pensamientos religiosos y su racionalidad, su estatus jurídico y su sistema económico. Frente a ella se despliegan una multiplicidad de preguntas y de respuestas que se cristalizan en dos polos; por un lado, el sentimiento de compasión hacia el enfermo mirado como un nuevo Cristo humillado en su carnadura, doliente, por el otro el rechazo hacia la ineluctable putrefacción de la carne producto del pecado. Quizás las palabras de san Francisco de Asís resuman la relación entre el hombre del medioevo y la enfermedad: “Cuando estaba aún en los pecados, la vista de los leprosos me era insoportable; pero el Señor me condujo hacia ellos y los sané con todo mi corazón” (Le Goff, 1986, p. 40-43; Vauchez, 1994, p. 123).

\*\*\*

*Nota:* una primera versión de este trabajo fue presentada en las *IV Jornadas de Reflexión Monstruos y Monstruosidades*, Buenos Aires, octubre 2010.

## Bibliografía

---

- » Bérout y Thomas (1990). *Tristán e Isolda*. México, D. F.: Cien del Mundo.
- » Duby, G. (1991). *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Buenos Aires: Alianza.
- » Touati, F-O. (1998), *Maladie et société au Moyen Age*. Belgique: De Boeck Université.
- » Vauchez, A. (1994). *La spiritualité du Moyen Age occidental, VIIIe.-XIIIe. Siècle*. Paris: Seuil.